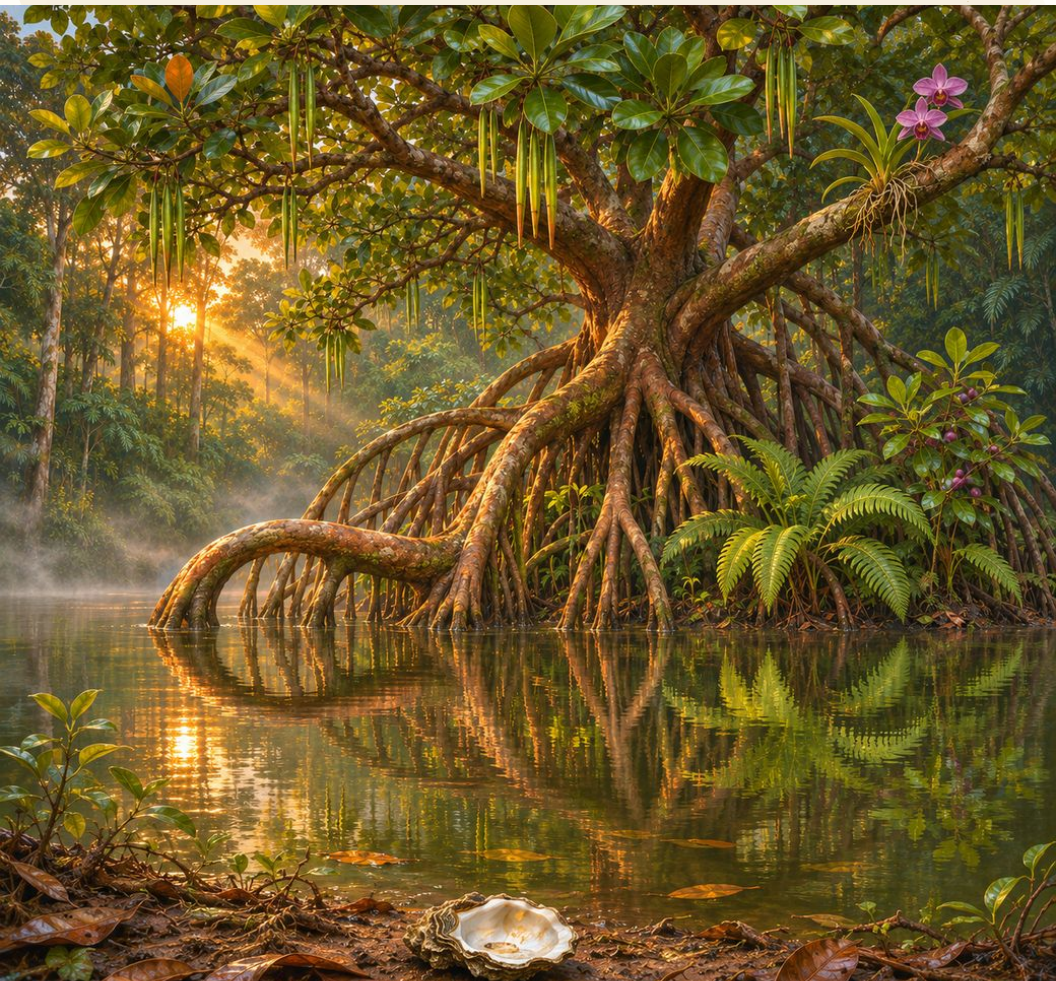
Fauna Guardianes

RIZELA

Lo que dejó el mar

MANGLE ROJO · Una aventura ilustrada





01

Aquí no hay mar

> *Querida Yami: aquí no hay mar. Hay un río que no sube ni baja, nomás pasa. Te extraño. Kena.*

Kena escribió la postal la primera noche, en la casa nueva junto al río San Pedro, con un foco lleno de palomillas. En la repisa de la ventana puso su frasco de vidrio, lleno de conchas de la playa de Frontera.

—Ahí traigo el mar —le había dicho a su papá cuando él quiso guardarlo en una caja.

Chú no insistió. Su trabajo nuevo de lanchero estaba aquí, a más de cien kilómetros de la playa.

Al otro día, su papá la llevó en la lancha a conocer el remanso.

Era un recodo de agua verde y quieta, rodeado de selva. Y en la orilla, con las raíces metidas en el agua como piernas, había un árbol que Kena conocía muy bien.

—¡Un mangle! —dijo—. Pero el mangle es de mar.

—Aquí le dicen el mangle de tierra adentro.

Kena miró alrededor: garzas, lirio, a lo lejos el rugido de unos saraguatos. Ni una gaviota. Ni una ola.

—Pues está perdido —dijo—. Como yo.



02

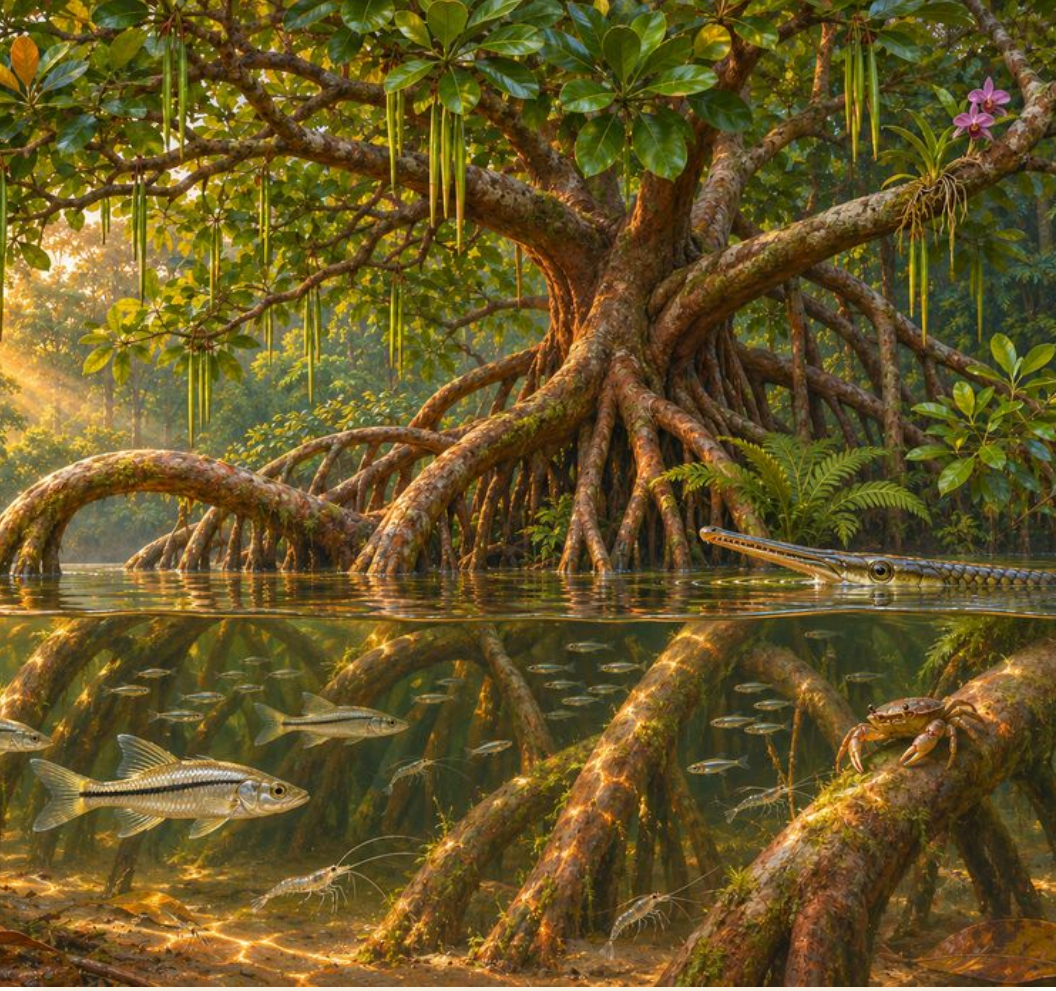
La que se quedó

RIZELA es el mangle más viejo del remanso. No sabe de años: sabe de agua.

Antes que ella estuvo su madre, y antes la madre de su madre, y así hacia atrás, más de lo que nadie puede contar. Sus raíces bajan del tronco en arcos y se clavan en el lodo, y una, la más grande, hace un rizo a ras del agua, como una letra que nadie ha leído.

A veces, en el fondo de su madera, siente algo que no está: el empujón de una ola, el sabor de la sal. Lo siente como se siente una canción de la que uno ya no se acuerda.





Entre sus raíces vive medio río. Peces chiquitos que se esconden de los grandes, camarones transparentes, un cangrejo que camina de lado, un robalito con una raya negra en el costado. Ahí abajo ningún pez grande cabe para cazarlos.

De sus ramas cuelgan sus hijos: vainas verdes, largas como lápices, que ya son arbolitos antes de caer.

Un pejelagarto viejo sube a tragar aire junto al rizo, como cada mañana, y se vuelve a hundir.



03

Algo de aquí

En la escuela del río, la maestra Ivet pidió que cada quien llevara algo encontrado en la orilla. Los demás llevaron una pluma de garza, una piedra en forma de corazón, una escama de pejelagarto.

Kena dibujó el mar de Frontera con todas sus olas.

—Está muy bonito —dijo la maestra—. Pero yo pedí algo de aquí.

> *Yami: todos tienen algo de aquí menos yo. Mateo dice que hablo como gaviota. Kena.*

Esa tarde, de puro coraje, Kena bajó a la orilla. Con la sequía, el río había bajado y dejado al aire un barranco de tierra gris. Y en el barranco brillaba algo blanco.

Kena escarbó con los dedos. Era una concha rugosa, pesada, de borde ondulado. En Frontera las vendían por cubetas en el mercado.

—Un ostión —susurró—. Aquí no hay ostiones.

Le dio vueltas en la mano. Olía a tierra, no a mar. Pero era un ostión. Kena estaba segura, como se está seguro de la cara de un amigo.





04

Teorías

Nadie le creyó que fuera importante.

—Se le cayó a alguien de un coctel —dijo su papá, riéndose.

—Lo trajo una garza —dijo Mateo.

—Tal vez lo arrastró el río, de lejos —dijo la maestra.

Solo el tío Fermín, que pasaba con su machete y su sombrero de palma, se agachó a mirarlo de cerca.

—Salen cuando el río baja —dijo—. Mi abuelo decía que todo esto fue mar.

—¿Y usted le creía?

—No —dijo el tío Fermín—. Era mi abuelo. Uno no le cree a su abuelo hasta que está viejo.

Kena empezó a buscar en serio.

En el barranco encontró otro ostión, y otro. Encontró piedritas redondas y lisas, como las que el mar va puliendo en la playa. Y al pie del mangle encontró dos cosas que no esperaba: los helechos enormes de los manglares de Frontera, y una mata de frutitas moradas en racimo, como las de la uva de mar. No era igual. Era como su prima.

Esa noche sacó la mitad de sus conchas del frasco para hacerles lugar.

> *Yami: encontré a la prima de la uva de mar en la selva. ¿Tú crees que el mar se pueda mudar? Kena.*





05

La que mide el tiempo

RIZELA no se acuerda del mar con palabras. Lo trae en el cuerpo, como se traen los ojos de una abuela.

Hubo un tiempo en que el mundo estaba más caliente y el mar subió hasta aquí. Esto era una laguna junto a la costa, con olas, sal y ostiones pegados a las raíces de miles de mangles. Luego el mar empezó a irse. Tan despacio que nadie lo vio moverse, como quien sale de un cuarto sin hacer ruido.

Casi todo el manglar se fue con él: sus hijos flotaron, temporada tras temporada, hacia la costa nueva.

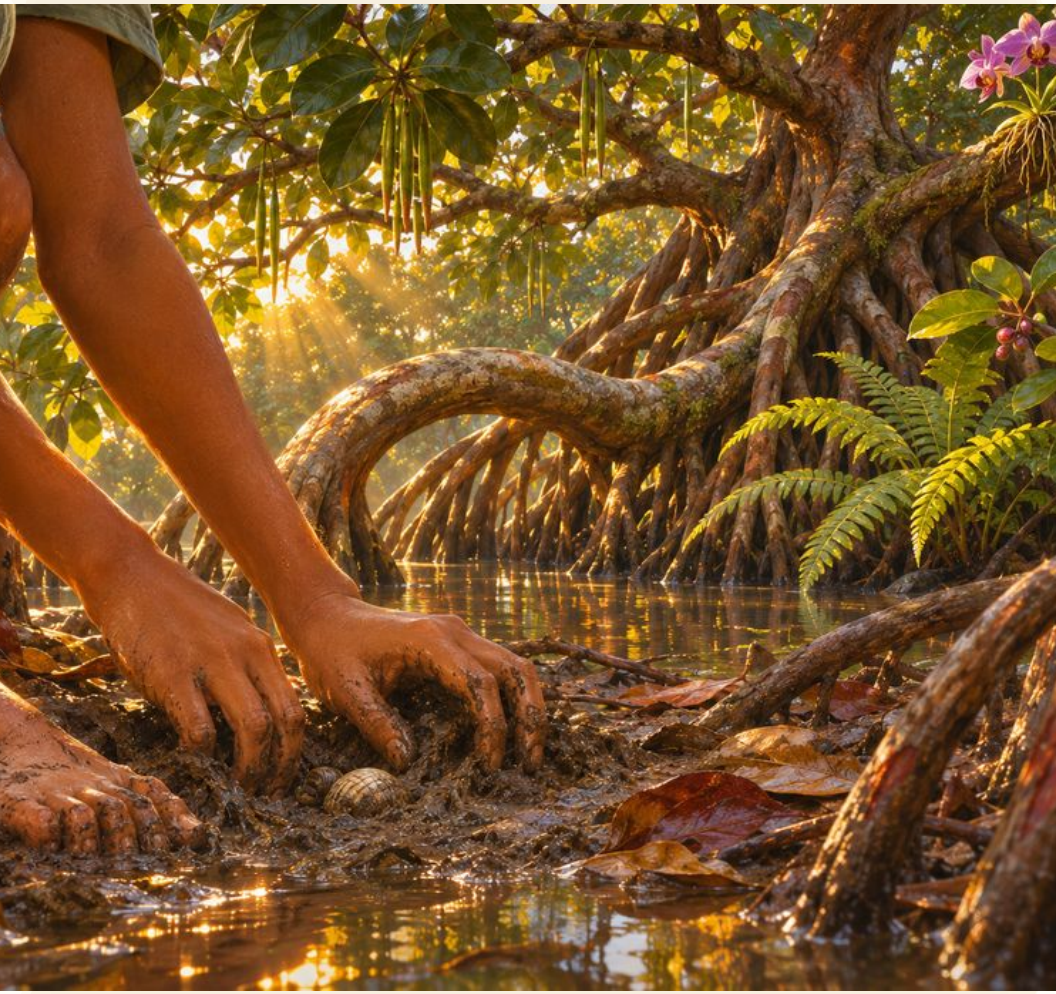
Este pedazo no.

Se quedaron. Aprendieron a beber río, una generación tras otra. Las raíces de RIZELA siguen colando una sal que ya no está, y se paran sobre el lodo como si cada día fuera a subir la marea.

Con el manglar se quedaron otros: el helecho de las orillas, una prima de la uva de mar, una orquídea que florea en su rama más alta. Ninguno se fue.

Ahora, cada tarde, RIZELA siente unos pies chiquitos en el lodo, entre sus raíces, escarbando.

Hacía mucho que nadie buscaba el mar ahí.





06

Una foto

La maestra Ivet vio el frasco en la mochila de Kena: ostiones, piedritas, una hoja ya seca.

—¿Y esto?

—Es el mar —dijo Kena—. Bueno, lo que dejó.

La maestra no se rio. Le tomó una foto al frasco, otra al barranco y otra al mangle, y se las mandó a una amiga suya, bióloga, que estudiaba los ríos de Tabasco.

—No sé qué es —le dijo a Kena—. Pero vale la pena preguntar.

Yami: mi frasco ya es famoso. Bueno, su foto. Kena.

Pasaron dos semanas sin respuesta.

Kena ayudaba a su papá en el embarcadero: amarraba la lancha, contaba a los turistas, les señalaba con la boca dónde dormían los saraguatos.

Una noche, Chú se sentó en la orilla de su cama.

—Si de veras no te hallas —le dijo—, en diciembre nos regresamos a Frontera. Busco trabajo allá.

Kena miró su frasco, mitad de playa y mitad de barranco.

—Todavía no —dijo—. Me falta saber una cosa.





07

La bióloga

La respuesta llegó en una lancha: una mujer de sombrero ancho y botas de hule, con un tubo largo para sacar lodo y muchas bolsitas.

—Soy Nadia —dijo—. ¿Tú eres la del frasco?

Fueron al barranco con el tío Fermín. Nadia escarbó, midió, clavó el tubo en el lodo y lo sacó lleno de capas. Encontró más ostiones. Encontró gravas que no eran de río.

Se quedó callada, con un ostión en la palma.

—Se me puso la piel de gallina —dijo al fin.

Esa tarde se sentaron frente al remanso: Nadia, Kena, Chú y el tío Fermín.

—Esto fue costa —dijo Nadia—. El mar llegaba hasta aquí, y cuando se fue, el manglar se quedó.

Chú, que se había reído del coctel, se quitó la gorra.

—¿Cuánto hace? —preguntó Kena.

—Unos ciento veinticinco mil años.

Kena miró al mangle como se mira a alguien que llegó primero.

—Entonces no está perdido —dijo—. Se quedó.





08

Lo que siempre supieron

—Eso decía mi abuelo —dijo el tío Fermín—. Que este mangle era prestado. Que el mar lo había dejado encargado y un día iba a volver por él.

Nadia anotó algo en su libreta y luego dejó de anotar.

—Ustedes ya lo sabían —dijo—. Nosotros apenas lo estamos encontrando.

—Pues sí —dijo el tío Fermín, y se acomodó el sombrero—. Nomás que nadie nos había preguntado.

Kena se rio. Era la primera vez que se reía desde que llegó.

Los niños de la escuela empezaron a ir al remanso los viernes, en cayuco, a mirar. Mateo, el que decía que Kena hablaba como gaviota, fue el primero en encontrar otro ostión en el barranco. Se lo enseñó a ella antes que a nadie.

RIZELA sintió muchos pies chiquitos en el lodo, y voces, y risas que espantaban a las garzas.

No supo qué había cambiado. Pero el agua entre sus raíces se llenó de sombras de niños, y eso no lo recordaba de ningún mar.





09

Un lápiz en el lodo

Cuando llegó la temporada en que caen los hijos del mangle, Nadia llevó a la escuela a sembrar. Recogieron del agua los que flotaban sueltos y los clavaron derechos en el lodo blando, con la punta verde hacia arriba.

Kena escogió un lugar a unos pasos del rizo que hacía la raíz más grande. Clavó su lápiz verde y apretó el lodo con las dos manos.

—Si prende —dijo la maestra—, va a ser árbol cuando ustedes sean grandes.

Kena miró al mangle viejo y luego a su arbolito.

—Voy a venir a ver si me esperó.

Esa noche, Kena escribió su última postal del año.

> *Querida Yami: aquí sí hay mar. Llegó antes que nosotras y se quedó. Te mando un dibujo de un ostión de hace ciento veinticinco mil años. Es de tamaño real, para que me creas. Kena.*

En diciembre no se regresaron a Frontera. Fueron de visita.

Yami le dio vueltas al dibujo como si pesara, y dijo que en Semana Santa quería ir a conocer ese mar que se había quedado.





10

Lo que dejó el mar

De regreso, Kena acomodó su frasco en la ventana que daba al remanso.

Abajo, las conchas de la playa de Frontera. Encima, los ostiones del barranco, las piedritas redondas y una hoja de la prima de la uva de mar, ya seca.

Dos mares en un frasco, uno encima del otro: el de antes de ella y el de mucho antes de todos.

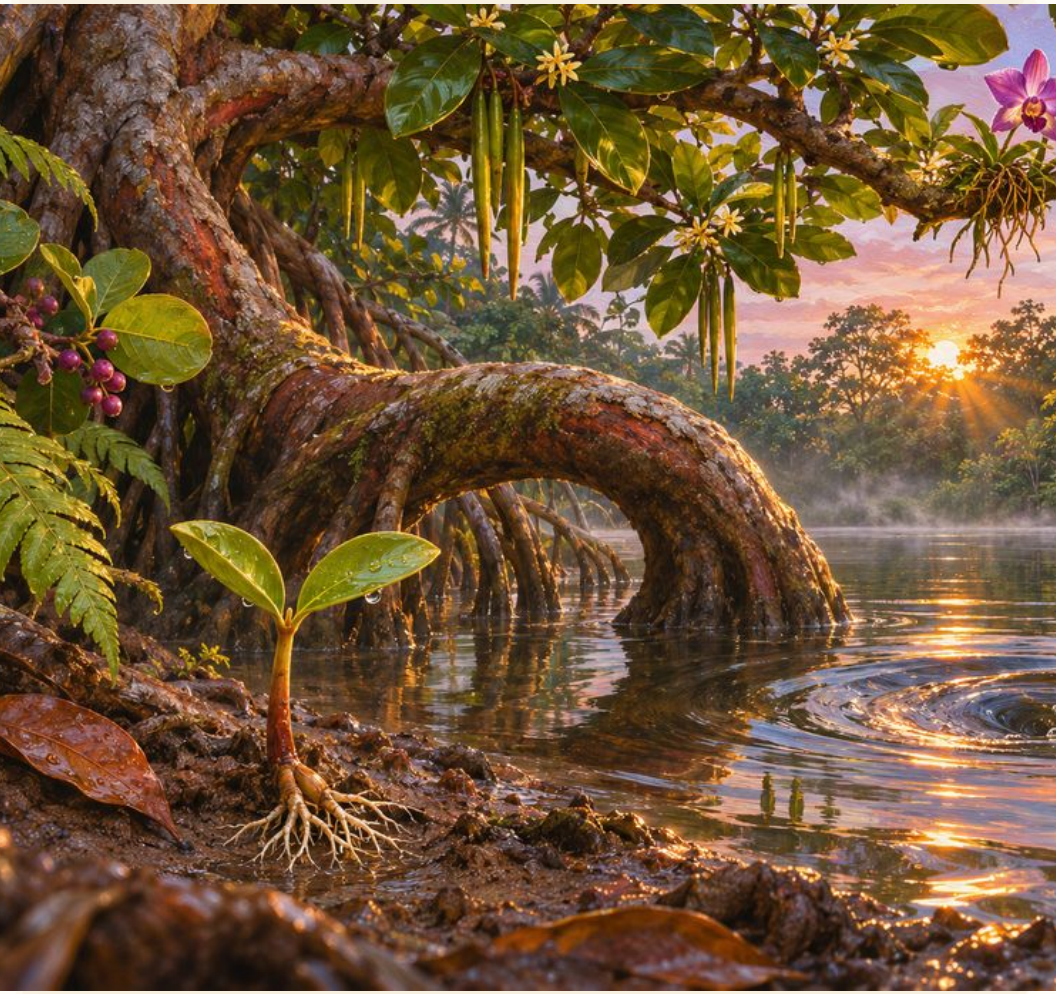
Cuando le daba el sol de la tarde, el vidrio echaba sobre la pared una luz verde y temblorosa, como de agua.

En el remanso, RIZELA sintió algo que no sentía desde hacía muchísimo: una raíz nueva, muy chiquita, que tanteaba el lodo junto a las suyas, buscando dónde agarrarse.

Un pejelagarto subió a tragar aire junto al rizo, como cada mañana, y se volvió a hundir.

RIZELA no supo de dónde había llegado esa raíz. No sabe de años.

Pero tenía la misma prisa que tuvieron sus abuelas, hace ciento veinticinco mil años, cuando el mar se iba y alguien tenía que quedarse.



Lo que sostiene el cuento

En el mundo real

En la Reserva de la Biosfera Wanha', entre Balancán y Tenosique, Tabasco, crece un manglar de mangle rojo a más de cien kilómetros de la costa, a orillas del río San Pedro. Un estudio publicado en 2021 encontró ahí conchas de ostión y gravas parecidas a las de playa, y el ADN de estos mangles mostró su parentesco con los de la costa. La explicación: hace unos 125 mil años el mar estaba varios metros más alto, llegaba hasta aquí, y al retirarse dejó este manglar. Con él se quedaron plantas de costa, como el helecho de manglar, una orquídea de manglar y una prima de la uva de mar. Un botánico de Tabasco, Carlos Burelo, llevó a los científicos al sitio; la gente de la ribera ya lo conocía.

Lo que inventamos

RIZELA, Kena, Yami y sus familias son personajes inventados, y también las postales y la siembra de este cuento. Ningún mangle vive tanto: lo que lleva 125 mil años ahí es el manglar, un árbol después de otro. Los árboles tampoco recuerdan como la gente; aquí lo imaginamos. Kena guardó sus ostiones antes de saber qué eran. En un área protegida no se sacan conchas, plantas ni propágulos. Si encuentras algo así, tómale una foto y avisa: en su lugar, una concha cuenta más de su historia. Si quieres sembrar mangle, hazlo con un vivero comunitario o con la dirección de la reserva.

Tu turno

Busca en tu casa o en tu barrio algo que «no debería estar ahí»: una planta, una piedra, una costumbre, una palabra. Pregúntale a la persona más vieja que conozcas desde cuándo está. Luego escríbele una postal a alguien que viva lejos y cuéntale lo que descubriste.

Para seguir descubriendo

Scripps Institution of Oceanography · Hidden mangrove forest in the Yucatan Peninsula reveals ancient sea levels (2021) · https://scripps.ucsd.edu/news/hidden-mangrove-forest-yucatan-peninsula-reveals-ancient-sea-levels

Mongabay · Inland mangroves reveal a tumultuous climatic past and hint at our future (2021) · https://news.mongabay.com/2021/10/inland-mangroves-reveal-a-tumultuous-climatic-past-and-hint-at-our-future/

Las fuentes respaldan los datos naturales, no las aventuras ni los diálogos de los personajes. Consultadas en noviembre de 2026.

Lo que dejó el mar

Kena llegó de la costa con un frasco lleno de conchas y la certeza de que aquí no hay mar. En el remanso hay un mangle que tampoco debería estar ahí. Un ostión en un barranco está a punto de contarle por qué.



Jorge Uribe Maza · FAUNA Guardianes

Colección Wanha' · Cuento 1 de 5 · Edición visual V3.0 · Noviembre de 2026

Texto e ilustraciones revisados con asistencia de inteligencia artificial.

RIZELA, nombre propuesto por Alexander Priego Valles. La idea del manglar que se quedó cuando el mar se fue, de César Augusto de la Cruz López. Del concurso de nombres de los Guardianes de Wanha'.

betafaunaguardianes.pages.dev